

En fin, ni uno solo de los "elocuentes ejemplos" con que ten Cate trata de objetar la tesis de la dependencia del *Poema* respecto de la *Crónica* ejemplifica otra cosa que la ligereza con que la hispanista holandesa emite sus opiniones. Los propios pasajes que ella aduce nos prueban una vez más que el *Poema*, lejos de "haber brotado espontáneamente del corazón del poeta", es una versión rimada de la *Gran Crónica de Alfonso XI*.

En resumen, es lastimoso que el Instituto "Miguel de Cervantes" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas haya sobrecargado los *Anejos* de la en su tiempo prestigiada *Revista de Filología Española* con un desproporcionado volumen de 746 páginas cuya mayor parte es inútil. Está de más la "edición crítica" del *Poema*; y el estudio que precede a la nueva edición está escrito de espaldas a la filología; la editora, segura de que sus "impresiones" personales pueden resistir cualquier embate crítico, se ha despreocupado por completo de apoyarlas filológicamente y de remozar sus ideas de 1942 a la vista de la nueva bibliografía crítica. Esta ligereza la ha llevado a sustentar, contra viento y marea, una serie de afirmaciones por completo gratuitas, que fácilmente son desmentidas por datos concretos hoy al alcance de la erudición.

DIEGO CATALÁN

Universidad de La Laguna.

*Silva de varios romances (Barcelona, 1561), por vez primera reimpressa del único ejemplar conocido.* Con un estudio preliminar de ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO. Castalia, Valencia, 1953: xlix pp. + 190 fols. + [9] pp. (*Floresta, Joyas poéticas españolas*, 1).

*Cancionero llamado Flor de enamorados (Barcelona, 1562), reimpresso por vez primera del ejemplar único.* Con un estudio preliminar de ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO y DANIEL DEVOTO. Castalia, Valencia, 1953: lvi pp. + 138 fols. + [8] pp. (*Floresta, Joyas poéticas españolas*, 2).

Entre las compilaciones poéticas del siglo xvi que mayor fortuna alcanzaron en su tiempo destacan la *Silva de varios romances* (la edición compendiada) y la *Flor de enamorados*, comúnmente atribuida a Juan de Linares; ambas se reimprimieron muchas veces a lo largo de casi un siglo y medio. Publicar ahora una de sus ediciones más antiguas hubiera sido ya empresa valiosa, puesto que se conservan muy pocos ejemplares, de difícil acceso. Pero a ese valor ha añadido don Antonio Rodríguez-Moñino el otro, incalculable, de dar a conocer ambas recopilaciones en ediciones muy anteriores a todas las conocidas. En efecto, la primera que de esa *Silva* compendiada se había venido citando era la del año 1578, y como edición princeps de la *Flor de enamorados* se consideraba generalmente la de 1573. El hallazgo y publicación de esas ediciones de 1561 y 1562 no podrá sino causar una pequeña revolución en la bibliografía de los cancioneros españoles. Entre otras cosas, deberá ponernos en guardia contra la tendencia a considerar la más antigua impresión conocida como la primera.

Aun ahora no creo que podamos estar del todo seguros en cuanto a

esas dos obras. La *Flor* de 1562 contiene doce romances tomados sin duda alguna de la *Silva*, lo cual es perfectamente lógico; pero desconcierta ver que esa *Silva* de 1561 está a su vez en deuda con la *Flor*. Observo, en efecto, que las cuatro primeras "canciones" del apéndice lírico de la *Silva* no pueden proceder sino de los folios 25 v<sup>o</sup>-29 v<sup>o</sup> de la *Flor*, donde figuran en el mismo orden (aunque con intercalación de dos piezas que no están en la *Silva*). Que la dependencia es así y no al revés lo prueba por sí sola la "cabeza" de los folios respectivos (179 v<sup>o</sup> -182 r<sup>o</sup>) de la *Silva*: "Cancionero de enamorados". Otras pruebas: el título que precede a las cuatro composiciones, reducción del que llevan en la *Flor*; el hecho de que éstas se llamen "canción" o "villancico", como en la *Flor*, y no "chiste", como se llaman todas las no provenientes de ella, y, finalmente, una errata de la *Silva*: la omisión de dos versos en el último texto. Tan misterioso "plagio" podría atribuirse a la no inverosímil existencia de una edición anterior de la *Flor*, aunque también es posible, tratándose de dos libreros barceloneses, que Cortey viera antes de su publicación el libro de Bornat.

A pesar de los mutuos préstamos, las dos compilaciones tienen muy distinto carácter: la *Flor de enamorados* es original, variada, riquísima; la *Silva*, mero extracto de la *Silva de varios romances* que en tres voluminosas partes publicó el librero zaragozano Esteban G. de Nájera en 1550 y 1551, copiando a su vez la genial iniciativa del impresor flamenco Martín Nucio.

La *Silva* de 1561 carece, pues, de originalidad. Pero la selección de romances hecha por Jayme Cortey tiene en sí misma interés, ya que puede constituir hasta cierto punto un índice de los gustos de ese momento, y aun pudo influir en los de las generaciones subsiguientes. Por lo demás, la selección causa sorpresa. Nájera había reunido más de doscientos cincuenta romances en sus tres *Silvas*; de ellos Cortey escogió escasamente cincuenta y seis. Cabría esperar que hubiera tomado "un poco de todo", alternando los romances breves con los largos y buscando variedad de asuntos y estilos. Todo lo contrario. Sus preferencias son categóricas y limitadas (extrañas, además, para nuestro gusto actual): se complace especialmente en los romances extensos (dieciocho tienen más de 150 octosílabos, y de ellos, doce pasan de los 300), ya de tipo juglaresco, ya artificiosos; romances que se leen y no se cantan. Entre los tradicionales le gustan más los que abundan en pormenores y vicisitudes; rehuye —¿influencia del romancero erudito?— las versiones fragmentarias, tan queridas en las décadas precedentes. Igual partidismo en cuanto a los temas: a los romances novelescos prefiere con mucho los referentes a la historia española (cinco del rey Rodrigo, tres de los Infantes de Lara; trece noticieros, antiguos y tardíos, entre ellos varios de propaganda contra los turcos), los de tema y ambiente carolingio (Dirlos, Marqués de Mantua, Reinaldos, Montesinos, etc.) y notablemente los relativos a la Antigüedad clásica (trece romances, en su mayoría, del ciclo troyano).

Siguiendo el ejemplo de Nájera, Cortey puso al final de su romancero un grupito de poesías líricas. Tampoco aquí se tomó gran trabajo:

copió las cuatro primeras de la *Flor de enamorados* y las otras ocho de la *Segunda parte de la Silva*, 2ª ed. (Zaragoza, 1552)<sup>1</sup>.

La edición de esta pequeña joya bibliográfica se ha hecho a plana y renglón, con máximo respeto de su presentación y forma gráfica, por tratarse, como todos los tomitos de esta serie, de una edición para bibliófilos, con tirada limitada a 125 ejemplares<sup>2</sup>. En la Introducción describe Rodríguez-Moñino, de manera clara y concisa, las relaciones que guardan las tres partes de la *Silva* zaragozana entre sí y con el *Cancionero* de Nucio e indica la procedencia de todos los romances de la *Silva* de Cortey. La documentada bibliografía de las ediciones conocidas o presuntas de las diversas *Silvas* —37 títulos, desde 1550 hasta 1696— constituye una importante aportación al conocimiento de los romanceros españoles.

Igualmente importante y exhaustiva —fruto de una laboriosa exploración— es la bibliografía que precede al *Cancionero llamado Flor de enamorados*, como es excelente el análisis que en la misma Introducción se hace de los variados elementos temáticos de sus poesías.

Es lástima que no conozcamos al recopilador de este cancionero —sólo a partir de 1573 aparece el nombre de Linares—, por todos conceptos extraordinario. A su riqueza (276 composiciones) y a su carácter bilingüe, castellano-catalán, se suma la diversidad del contenido, dispuesto “por muy linda orden” en dos partes paralelas (fols. 1-64 y 65-133). Cada una comienza con una nutrida sección de “respuestas y preguntas de enamorados” (especie de diálogo en villancicos entre el “galán” y la “galana”, imitado más de medio siglo después en la *Dança de galanes*); sigue un grupo de “canciones que van sueltas sin respuestas”, una “Ventura de gitana para dezir a qualquier galán (dama)...”, varias adivinanzas (“preguntas”), los romances —veintiocho en total, casi todos artificiosos— y, para terminar, en la primera parte, una sección de “lamentaciones”, “chistes” (perqués) y endechas, a la cual corresponden, en la segunda, quince folios de “villancicos y canciones a modo de diálogo pastoril”. En el “justo centro material” (fol. 64 vº), y “para que no falte nada”, el soneto garcilasiano “Pasando el mar Leandro el animoso”, seguido del anónimo “Hero del alta torre do miraba”.

<sup>1</sup> De esas ocho poesías, la que comienza “Ah, señor disimulado” figura también, con variantes y tres estrofas menos, en el ms. 5593 de la B. N. M. (de donde la tomó CEJADOR, *La verdadera poesía castellana*, núm. 2143); “Desposóse tu amiga” está (¿con la misma glosa?) en el *Cancionero de Évora* y en la *Silva de Sirenas* de Valderrábano (CEJADOR, núm. 2486). De “No so yo quien ser solía” habló ampliamente CAROLINA MICHAËLIS en *RFE*, 5 (1918), 339-343; la segunda estrofa de la *Silva* está en el *Cancionero de Évora*. La última pieza es una curiosa ensalada, “La fiesta regocijada... / que aconteció al Conde Claros / con la infanta”, en que se intercalan seis lindos cantarillos de tipo popular no recogidos en otra fuente antigua.

<sup>2</sup> Para ser completamente fiel en su reproducción del raro tomito, el editor ha respetado las numerosas erratas que contiene, señalándolas con un *sic*. Parece que falta ese *sic* en *se se* (fol. 169 vº, lín. 1), *despose* (187 vº, lín. 2), *Leando* y *el que* (fol. 178 vº, lín. 18 y 29), *a yste* (187 vº, lín. 5); — *fiesta* (189 rº, lín. 9) podría ser error de lectura por *siesta*; — *quesido* (8 vº) era común en la época, lo mismo que *ante* (20 vº), *de que* ‘al punto que’ (12 vº, 22 vº), *amas* ‘ambas’ (51 rº), *drecho* (105 rº), *turar* (108 rº), *maxilla* (176 vº), *aposiento* (186 rº) y otras. La lengua materna del impresor parece haber influido en formas como *exuar(e)* ‘ajuar’ (15 rº), *linatje* (21 rº) y *atorgar* (153 vº).

La *Flor de enamorados* tiene, como observan los editores, “el extraordinario valor de arranque de serie, es decir, de recopilación hecha por vez primera ante un conjunto de materiales extraídos de manuscritos o de la tradición oral” (p. xxi). Imponente es, en efecto, el número de poesías nunca antes editadas, y escaso el de aquellas que pueden encontrarse en recopilaciones anteriores hoy conocidas, como el *Cancionero* de Juan del Encina, el *Cancionero musical de Palacio*, el *Cancionero general* de Castillo, las *Obras* de Juan Fernández de Heredia (impresas póstumamente en Valencia, el mismo año de 1562). Y se observa un hecho curioso: varias de estas poesías aparecen en la *Flor* con una, dos o tres estrofas más que en las fuentes citadas. No sabemos si el recopilador dispuso de textos más completos o usó refundiciones o metió él mismo mano en composiciones como “Enemiga le soy, madre”, fol. 99 v° (con sólo una de las cuatro estrofas de la *Flor* figura en el *Canc. mus. Palacio*, ed. Barbieri, núm. 4); “De la dulce mi enemiga”, fol. 37 v° (*ibid.*, núm. 147, sólo la primera estrofa de la *Flor*); “Con dos cuidados guerreo”, 102 v°, del Vizconde de Altamira (dos estrofas más que en el *Canc. gen.*, ed. Bibliófilos, núm. 366); “Partir quiero yo”, 92 v°, de Cartagena (una estrofa más que *ibid.*, núm. 652), y, de Juan Fernández de Heredia, “Pues que para contemplaros”, 30 r°, “Anarsen vol lo meu señor”, 86 v° (ambas con una estrofa más que en las *Obras*, ed. F. Martí Grajales, Valencia, 1913, pp. 128, 123), y “No me falta qué decir”, 91 r° (dos estrofas más que *ibid.*, p. 132, donde comienza “No faltará q. d.”).

No creo improbable que se trate de refundiciones tardías, pues salvo unas pocas poesías copiadas con cierta fidelidad<sup>3</sup>, la mayoría de las incluidas en fuentes anteriores aparecen renovadas, como están renovados también ciertos temas consagrados (el “cata que te perderás”, 85 v°; el “¿qué sentís, corazón mío?” de Escrivá, 89 r°). Así, la poesía “Dos terribles pensamientos” de Juan del Encina (*Cancionero*, 1496, fol. [99] v°) aparece radicalmente transformada en la *Flor* (fol. 20 v°), que además contiene buen número de glosas nuevas sobre estribillos antiguos<sup>4</sup>.

En general, esta *Flor de enamorados* está animada por un poderoso soplo de vida. Aquellos galanes y galanas que en las dos secciones principales del cancionero “contienen sobre toda la casuística de lo amoroso”, se nos antojan de carne y hueso, y sus villancicos, improvisaciones surgidas al calor de esas reuniones sociales que se celebraban en ciertas cortes provincianas durante el segundo tercio del siglo xvi, en que los galanteos se revestían de poesía y música y baile. A cada paso recordamos el ambiente valenciano tan gráficamente evocado por Luis Milán

<sup>3</sup> “Qué mayor desventura”, fol. 91 v°, del *Canc. mus. Palacio*, núm. 212 (falta una estrofa en la *Flor*); “Nací libre y soy cautivo”, 101 v°, de Quirós, en el *Canc. gen.*, núm. 654; “El principio de gozar”, 101 r°, *ibid.*, Apéndice, núm. 231; dos adivinanzas del fol. 43 v°, “¿Quién es un viejo ligero...?” y “¿Qué cosa muerta nació...?”, *ibid.*, núm. 721 (con 6 versos más, es de Castelví), y Apéndice, núm. 244; “Amiga, vete en buen hora”, 30 r°, de Fernández de Heredia, ed. cit., p. 136; “Bella de vos so enamorós”, 104 r°, de Timoneda (cf. *BAE*, 5, 1918, p. 508, donde hay dos estrofas más).

<sup>4</sup> Por ejemplo, sobre “Dime, Juan, por tu salud”, 131 v° (de Juan del Encina, *op. cit.*, fol. 102 r°); “Otro bien sí a vos no tengo”, 35 r° (en el *Canc. mus. Palacio*, núm. 253); “Si muero en tierras ajenas”, 100 v° (*Canc. gen.*, Apéndice, núm. 312); “Zagala como unas flores”. 128 v° (*ibid.*, Apéndice, núm. 298); “Mal me lo demande Dios”, 8 v° (en Fernández de Heredia, ed. cit., p. 161).

en su *Cortesano* (1561) y reflejado también en las obras de Fernández de Heredia. Las canciones copiadas de fuentes anteriores se vivifican en ese animado diálogo, y los elementos tomados de la poesía popular, lo mismo que el lenguaje llano y familiar, salpicado de sabrosos giros y refranes, aumentan la impresión de realidad. ¡Qué lejos estamos de la tiesa y ceremoniosa actitud que adoptaban los poetas cortesanos de los lustros anteriores! El amor, todavía lleno de fórmulas y convenciones, se nos presenta aquí más humano, más cerca de nosotros.

La *Flor de enamorados* es, sin duda, uno de los mejores cancioneros del siglo XVI. Valdría la pena publicarlo en una edición destinada a más amplia divulgación, tarea nada difícil ahora que contamos con la excelente edición<sup>5</sup> de Rodríguez-Moñino y Daniel Devoto.

MARGIT FRENK ALATORRE

El Colegio de México.

ÁNGEL VALBUENA PRAT, *Historia del teatro español*. Editorial Noguer, Barcelona, 1956; 703 pp., ilustr.

Difícil será encontrar una obra académica escrita en un tono más personal; su lectura nos trae a la memoria el vivo recuerdo del hombre que la escribió; parece que lo vemos charlando de sobremesa, o en una tertulia, o en una conferencia —desde luego, sobre algún aspecto del teatro. Repetidas veces, al leer el libro, nos hemos imaginado a don Ángel frente a su atril, con sus cuartillas delante y los textos de comedias a los lados, leyendo su conferencia, y mientras tanto, como un prestidigitador, cambiando de gafas; luego, a la media hora, abandonando atril, cuartillas, textos, gafas, todo, para acercarse al público e improvisar magníficamente, con aquel fervor que cautivó la atención de los hispanistas e hispanófilos norteamericanos.

Esa dinámica personalidad del autor es la principal virtud de su libro, rico en cautivadoras reflexiones sobre el importante género literario español al cual se ha dedicado asiduamente durante un cuarto de

<sup>5</sup> Hecha con el mismo criterio que la de la *Silva*. En un Apéndice se incluyen dos poesías añadidas en ediciones posteriores. — Se han deslizado varias erratas; en la Introducción: *tambión* (p. xix, nota 19), *traición oral* (p. xxi), *folio 62 vº*, por "64 vº" (p. xxvii), *cielo bretón* (p. xxx); en el Índice: *Anar sem vol*, *El principio...* 121 (por "101"), *Hala* (por *Halaha*), *pues por besarte Minguilla* (en vez de *Minguillo*), *Señora, desque...* (léase *Señores...*). Tales erratas hacen suponer que también lo sean ciertas formas anómalas no marcadas con *sic* en el texto del cancionero: *namarat* (2 rº, lín. 18), *contiuo* (26 rº, últ. lín.), *sauidad* (37 rº, últ. lín.), *pientre* (46 vº, lín. 24), *han dando* (67 vº, lín. 5), *hard*, por *haría* (78 vº, lín. 20), *cansys* (80 rº, lín. 13), *mo cor* (104 rº, lín. 26), *sert*, por *sort* (104 vº, lín. 9), *nuetaus* (*ibid.*, lín. 10), *dezir qualquier*, por *dezir a...* (*ibid.*, lín. 23), *sia* y *quiesieres* (122 vº, lín. 21), *te*, por *de* (123 rº, lín. 2), *pasto*, por *pastor* (124 vº, lín. 9), *despierte* y *habia*, por *despierta* y *habla* (127 rº, lín. 8), *laoble* (131 vº, lín. 12), *ser*, por *será* (132 vº, lín. 2), *Calataua* (137 rº, lín. 2). Aunque sin duda son originales otras formas que no llevan *sic*, como *lamar* 'llamar' (34 vº, lín. 9), *ja* y *jo* 'ya', 'yo', *major*, etc., y varios versos de medida irregular. No parece necesario el *sic* en *quesido* (6 rº, 14 rº), *cadaldia* (28 rº), *dime de sí* (30 rº), *ayantado* (57 rº); — *mia se* (129 rº, penúlt. lín.) debe ser error de lectura por *mia fe*; — en el fol. 99 vº ¿no es "Enemiga le soy, madre, / ad aquel...?"; y *encarado*, fol. 63 vº, lín. 11, ¿no es *enarcado*?